

LA AMENAZA DEL FUTURO

Por Rafael GAMBRA

DOS hechos muy recientes y casi simultáneos nos acercan peligrosamente al Mundo Feliz, la novela que escribió Aldous Huxley hace más de medio siglo sobre el futuro que nos ofrece el progreso de la ciencia y de la tecnocracia. Se trata del establecimiento de la Unión Europea que nos encamina hacia el mundialismo, y la clonación de embriones que hace posible la fabricación de hombres en serie.

Es conocida la anticipación que Huxley traza en su fábula de Un Mundo Feliz. Lograda ya la unificación del mundo con la supresión de las fronteras nacionales, una sola Organización Mundial se ha hecho cargo de dirigir la nueva humanidad por medios tecnocráticos. Cuanto diferenciaba a los pueblos y civilizaciones —sus costumbres, su religión, su lengua, etc.— ha quedado, no sólo eliminado, sino olvidado. El mundo nuevo sólo se dirige a la producción y al bienestar universal en su sentido económico y placentero. La fecundación in vitro ha alcanzado a separar la función genésica de la sexual. Esta, desprovista de su finalidad y de su riesgo, se ha convertido en un placer inocente y económico (sin gasto alguno) que la Organización se encarga de fomentar.

La fabricación en serie de humanos por la fecundación en laboratorio y posterior clonación ha hecho posible la obtención de varios tipos de hombres (los alfa, los beta, los gama, etc.) con fisonomías standard y adaptados cada serie a la función que han de desempeñar, desde la de minero hasta la de técnicos superiores de la Organización Mundial. Preformada su mentalidad por medio de la repetición continua de un slogan durante el sueño, se ha conseguido que cada tipo de hombres posea una axiomática y unos dogmas que ven su propia clase como la superior y más deseable.

En el momento que describe la novela permanecen todavía algunas zonas del planeta en las que no ha podido instalarse todavía la «civilización». Son a modo de reservas de indios separadas del mundo tecnificado por alambradas de alta tensión. Existen sobre todo en la que hoy llamamos Méjico. En ellas los hombres se reproducen al viejo estilo, hablan lenguas primitivas como el español y aun otras precolombinas, conservan supersticiones religiosas y sentimientos absurdos como el pudor, los celos o el honor.

El argumento de la fábula consiste en que uno de los altos técnicos de la Organización ha realizado un viaje de inspección sanitaria a una de esas reservas de primitivos y ha tenido, por instinto morbos, una relación carnal con una de las «salvajes», relación de la que ha nacido un hijo. La Organización, como gracia excepcional, permite a su funcionario traer a ese hijo, cuando ya es adulto, al seno de la «civilización». El joven se enamora de una de las bellísimas mujeres de la clase dirigente que trabaja en el labo-

ratio de su padre. Realiza ante ella tímidos avances para conquistarla, actitudes que ella no comprende en absoluto. Cuando al fin se da cuenta de lo que el salvaje pretende, baja de un tirón la cremallera de su traje y se ofrece a él con la mayor naturalidad. El reacciona con un horror instintivo hacia ese gesto y la increpa furioso como prostituta o ramera.

Para mejor conocer el Mundo Feliz, el padre del «salvaje» acompaña a éste para visitar los talleres, campos y minas de la Organización, pero ante la visita de aquellos hombres en serie, más iguales que gemelos, nuestro hombre experimenta la necesidad de vomitar. Al cabo, solitario y abatido, se convierte en curiosidad para aquellos innumerables infrahombres homólogos que acuden con sus helicópteros, como moscas, «a ver al salvaje».

Aquella Organización Mundial tecnificada tiene un símbolo: la letra T. Dado que las torres de lo que fue la Cristiandad se remataban en una cruz, se decidió, por razones de economía, eliminar la parte superior de ese símbolo sagrado haciendo de él una T. Se le dió el significado del Ford modelo T, primer vehículo fabricado en serie, como símbolo del nuevo mundo estandarizado, y los años de la nueva era se contaron a partir de esa fabricación.

Esta idea es un tanto forzada, pero pienso, ya desde nuestra actualidad, que, otorgando otro significado a ese símbolo, puede constituir una más de las geniales anticipaciones de Huxley. Lo que culminaba (y culmina todavía) las torres —y con ellas el perfil— de nuestras ciudades es, en rigor, una cruz sobre una esfera. La Esfera y la Cruz, que representan la catolicidad (o universalidad) del cristianismo, su designio de dominar y amparar a toda la Tierra bajo una sola fe y un solo pastor.

Después del Concilio Vaticano II, con la libertad religiosa y el pluralismo ecumenista, el símbolo adecuado no será ya ese, sino una esfera sosteniendo, como un inmenso acerico, los distintos símbolos de las distintas religiones, todas en pie de igualdad: la Cruz de los cristianos, la Media Luna del Islam, la Estrella de los judíos, etc., etc. Lo cual resultaría demasiado complicado, aparte de que siempre quedarían excluidos varios cientos de religiones.

Por ello, el acuerdo final sería, como en el mundo de Huxley, eliminar la parte superior de la cruz y hacer símbolo de la nueva Edad a la T, que significaría la Tolerancia Universal dominando al mundo. Es decir, la reducción definitiva de la religión al ámbito personal, la eliminación de todo proselitismo y el establecimiento de la laicidad absoluta, del humanismo integral. Quizá ese Mundo Feliz sea el mundo del Anticristo, y la T su símbolo.

¿El abuso o la fidelidad? Mons. Sebastián ante un dilema

El Adviento, con la Cuaresma, son los «tiempos fuertes» penitenciales, como preparación cristiana para la Navidad y la Pascua. Son los tiempos en que muchos curas que no se sientan a diario en el confesonario, atienden consultas médicas de centenares de enfermos a la vez, despachándolos en falsa paz con el abuso de las Absoluciones Colectivas.

A Mons. Cirarda, nuestro señor Arzobispo, desde 1979 le veníamos advirtiendo de estos abusos de sus curas, y en letra de P'ALANTE desde el 82.

Pero ni por esas.

Mons. Cirarda dejó pasar la oportunidad arbitral de sus últimos Advientos y Cuaresmas sin haber saldado, por la RETRACCIÓN y la RESTITUCIÓN, (véase Editorial SP' 1-7-1988 y 1989), el escándalo público de su error magisterial en la Parroquia de Santiago en 1979, punto de partida

para que se le agriasen en la esterilidad y en la autodemolición eclesial —véanse las encuestas— sus interminables 14 años de pastoreo entre nosotros.

Tras su grave traspies inicial, y no dándose Roma por enterada de las denuncias directas y de las impresas durante estos años en SP', Mons. José M.^a Cirarda Lachiondo ha conseguido engañar al Vaticano a base de sus Boletines Eclesiásticos Diocesanos, haciéndose pasar por un obispo fidelísimo al Sacramento de la Penitencia, prologando incluso una tesis doctoral sobre lo que los obispos españoles han dicho sobre el tema (Véase «Farsa sacramental y Prólogo», SP' 1-X-93, pág. 7).

Y no contento con no «retractarse ni restituir», y valiéndose de la manipulación y de los falsos o descontextuados testimonios, y como en Roma «donde habla obispo tiene que callar toda carne», Mons. Cirarda se ha

despedido de la Diócesis con la remoción de don José Ignacio Dallo Larequi, nuestro director y su contradictor, de su canonjía en la catedral de Pamplona.

Pero llega un nuevo Adviento, tiempo fuerte para repetir los curas el abuso. Y la papeleta que se le presenta al nuevo obispo, Monseñor Fernando Sebastián Aguilar, es tremendamente comprometida y será clarificadora: «¿CIRARDA o DALLO?», ¿el abuso o la fidelidad? ¿Quién tenía razón? El DILEMA ES BICORNUTO. Monseñor Sebastián tendrá que enfrentarse a las consecuencias prácticas que de su opción por uno u otro se deriven. Hay mucho asunto que remover y mucha sentencia que revisar. Sólo sobre la verdad de los hechos se sustenta cualquier decisión justa de derecho.

Fco. Javier DE ALBORAYA